

Ficha psicológica: La samaritana

Lectura psicológica · contexto histórico · pregunta abierta

Hook narrativo

Iba al pozo a mediodía, sola, a la hora en que el calor vacía el pueblo — y allí, en el lugar donde ninguna mujer decente iba sola, se encontró con un hombre judío que le pidió agua.

La historia

~30 d.C. Jesús viaja de Judea a Galilea por el camino que atraviesa Samaria —la tierra prohibida, la del cisma. Cansado, se sienta junto al pozo de Jacob, cerca de Sicar, mientras sus discípulos entran al pueblo a comprar comida (Jn 4:5-8). Llega una mujer samaritana a sacar agua. Es mediodía. Jesús le pide: «Dame de beber» (Jn 4:7). Ella sabe lo que esa petición implica: un judío no se dirige a una samaritana, y menos un hombre a una mujer sola. «¿Cómo tú, siendo judío, me pides a mí de beber, que soy mujer samaritana?» (Jn 4:9). El evangelista lo explica en una frase: «Porque los judíos no se tratan con los samaritanos» (Jn 4:9).

La conversación salta del agua del pozo al «agua viva» que salta para vida eterna (Jn 4:10-14). Ella, con ironía práctica, le recuerda que el pozo es profundo y que él no tiene con qué sacar agua. Jesús cambia el terreno: «Ve, llama a tu marido». Ella responde con la verdad a medias de siempre: «No tengo marido». Y Jesús la nombra sin acusarla: «Bien has dicho: No tengo marido; porque cinco maridos has tenido; y el que ahora tienes no es tu marido» (Jn 4:17-18). La mujer no se defiende: reconoce «Señor, veo que eres profeta» (Jn 4:19) y salta al debate teológico de siglos —¿se adora en el monte Gerizim o en Jerusalén? (Jn 4:20). Jesús responde con las palabras que derriban la frontera: «los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad» (Jn 4:23). Ella menciona al Mesías. Y Jesús se revela: «Yo soy, el que habla contigo» (Jn 4:26).

Entonces ocurre lo que nadie esperaba: la mujer deja su cántaro —el objeto de su condena diaria— en el pozo, corre al pueblo y dice: «Venid, ved a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho: ¿no será este el Cristo?» (Jn 4:29). Y el pueblo —el mismo que la había marginado— sale a ver, y muchos samaritanos creen: «Ya no creemos por tu decir, porque nosotros mismos hemos oído» (Jn 4:42). La mujer que evitaba a la gente se convierte en la que convoca a todo el pueblo.

Contexto histórico

Samaria, ~30 d.C., vivía bajo el Imperio Romano: Judea, Samaria y Galilea eran administradas a través de procuradores y reyes clientes, con guarniciones, censos e impuestos. Pero la herida más profunda no era romana: era la enemistad entre judíos y samaritanos, un cisma de siglos. Los samaritanos se consideraban descendientes del Israel del norte; adoraban en el monte Gerizim, no en Jerusalén (Jn 4:20); los judíos los trataban como extranjeros impuros. La frase del evangelio —«los judíos no se tratan con los samaritanos» (Jn 4:9)— condensa siglos de desprecio mutuo; los viajeros judíos preferían rodear Samaria antes que pisarla.

El pozo de Jacob, junto a Siquem, la ciudad donde el patriarca compró tierra (Gn 33:19), era un pozo real: más de treinta metros de profundidad, agua fresca y punto de encuentro social de la aldea. Las mujeres iban al pozo al amanecer o al atardecer, en grupo; el mediodía era la hora del calor extremo y de la soledad —o de la vergüenza. Una mujer que va sola a mediodía es una mujer que no puede —o no quiere— enfrentarse a las otras mujeres del pueblo. La samaritana, como la mujer de Lot, no tiene nombre en el texto: pero esta vez la mujer sin nombre habla y evangeliza a su pueblo.

El conflicto psicológico

Cinco maridos y un hombre que no es su marido: la historia de una mujer que ha buscado pertenencia toda su vida y ha sido marcada por cada intento. En una sociedad donde la mujer valía por su vínculo con un hombre, cinco matrimonios rotos eran un estigma imposible de cargar. Por eso va al pozo a mediodía: no es el calor lo que la expulsa del horario de las mujeres, es el miedo a las miradas. Su ironía («¿de dónde, pues, tienes el agua viva?», Jn 4:11) es la armadura de quien ha aprendido a no creer en promesas.

Cuando Jesús le dice «llama a tu marido», ella responde con la verdad a medias de toda una vida: «no tengo marido». No miente del todo —pero oculta lo esencial. Y Jesús no la desenmascara para humillarla: la nombra. «Cinco maridos has tenido» —no es una acusación, es un mapa de su sed: la mujer que buscó llenarse cinco veces y sigue vacía, frente al único que le ofrece agua que no se acaba. El giro es total: la mujer que escondía su historia se convierte en la que la cuenta en voz alta. Su evangelización no es doctrina: es testimonio —«me ha dicho todo lo que he hecho» (Jn 4:39). La vergüenza, nombrada y aceptada, se transforma en el mensaje que convierte a un pueblo entero. El cántaro que deja atrás es el símbolo de todo lo que ya no necesita cargar.

La pregunta de cierre

¿A qué pozo sigues yendo a mediodía, sola, para que nadie vea que tienes sed —y cuánto tiempo más vas a cargar el cántaro en vez de dejarlo? ¿Qué pasaría si alguien te conociera por completo, y en lugar de condenarte, te ofreciera agua?

Voz

Narrador: es-MX-JorgeNeural (Edge TTS)